PRÓLOGO

por Ramón de Garcíasol

Leopoldo de Luis — Leopoldo Urrutia de Luis — nace en Córdoba en mayo de 1918, en la agonía de la Primera Guerra Mundial, prólogo de una tragedia aún no rematada. Su infancia y adolescencia son vallisoletanas. Por fin se radica en Madrid, donde termina sus estudios de bachillerato y pedagogía. Acabada la guerra civil española — después de sus días africanos — se pone a trabajar en una empresa privada. En 1946 aparece *Alba del hijo*, su primer libro notorio. Empieza a colaborar también por aquellos bravos tiempos en revistas españolas y americanas. (Leopoldo de Luis es un hombre de voluntad consciente, de continuidad y de carácter. Digamos, al paso, para retomarlo en su día, que el intelectual, cuando tiene inteligencia, no siempre ostenta carácter y conducta ética.) Tesoneramente el poeta Leopoldo de Luis se hace trabajo a trabajo, sin que se le ahorre un paso, como a nadie de su generación tempoespiritual. Destaca en la crítica literaria por su probidad y entendimiento, como atestiguan las colecciones de *Insula*, *Poesía española* o *Papeles de Son Armadans*, entre muchas. Sus artículos en la Prensa venezolana son acogidos admirablemente, hecho que se ignora entre nosotros, pueblo de flojos lectores, de estancamiento más que de tradicionalidad como curso, continuidad y entrega.

2 - 2639

El español de hoy —con las excepciones notorias en el mundillo literario o del pensamiento— prefiere el prejuicio holgazán a la información trabajosa. Por eso damos explosiones vitalísimas si se quiere, no obra regular y continua: lo testicular sustituye a lo pensamental, don Juan a Fausto. Esto, en principio, es un hecho al que de momento no podemos sacar sus consecuencias, obvias por otra parte.

Leopoldo de Luis se las bandea tan guapamente con las prosas y con los juicios, prueba de la verdad de un poeta, a no quedarse en mero receptor de onirismos, subconsciencias, acumulaciones e informes aún no convertidos en criaturas estéticas. La poesía —respirar por la herida, como dice Leopoldo de Luis—, implica saber, gozar y padecer que se respira, que se va herido: tener conciencia del valor y de la dirección de los actos que realizamos. De otro modo el hombre poeta no participaría en su vida, vivido y manejado desde fuera: *anima vilis* de laboratorio, todo lo trascendente que se quiera, pero ser objetuado, no persona libre y responsable: trágica presencia condicionada y dirigida.

La ausencia de pensamiento sensibilizado explica el agotamiento de los poetas meramente sensoriales, que pueden dar un delicado libro juvenil y azaroso para luego apagarse. El sentimiento envejece —piel del poema— falto de osatura inteligente, desmedulado e irracional. Así queda el pingajo de esas bellezas a las que el tiempo no sacó a relucir la nobleza, la bondad o el hijo, sino los restos de la animalidad. Recordemos lo tan dicho: El genio es una larga paciencia... trabajadora: materia prima dada hecha perfección por el esfuerzo o puesta en barbecho por desidia.

En lo geográfico —tierra, gentes y paisajes— la trayectoria de Leopoldo de Luis va de la peri-

feria al centro: Andalucía, Castilla y el resumen peninsular de Madrid, donde vivimos muchos provinciales y algunos autóctonos. Lo cordobés, lo castellano y lo resumidor, le adensan, prestándole claridad y concentración, gracia y gravedad, formalidad clásica y perspectiva. (Su primera entrega de poesía se titulaba *Sonetos de Ulises a Calipso.*)

Una característica deluisiana es el respeto a la forma —respeto que es entendimiento—, a la obra bien hecha, tarea en la que resulta maestro, cuidador del detalle, del buen remate artesano. No se trata del verso encofrado como en los adredistas que escriben para matar el tiempo, por juego, por técnica o por negocio. En Leopoldo la forma es necesaria para que cada realidad esté individuada y no se pueda confundir cosa y humo. Su formalidad no es formalismo. O lo que tanto monta: lo que da perfil, frontera al grano, a la criatura, al poema: respeto a las leyes de la estructura interna enderezada a un fin: a que cada cosa sea lo que es.

Leopoldo es un hombre serio, responsable, atento, en vela, seguro. Como en los versos de Machado —una de sus devociones poéticas—, con un dinero limpiamente obtenido, santificado por el esfuerzo, paga la tela que le cubre y el lecho donde yace. Sobre sus hombros dignos gravita la casa, la familia y la patria. Por su cuenta, Leopoldo ha dicho de la moneda, del dinero, poder maléfico en sí, fuente de posible inmoralización:

Vale lo que el esfuerzo acumulado
contra los materiales. Sólo es pura
cuando la mancha esa verdad, la funde
ese esfuerzo diario, la reacuña.

Leopoldo de Luis es un trabajador, no un señorito ni un zángano de tertulia sin merecimientos. Canta por obligación y por decencia, porque su trabajo de pan llevar, de honrado derecho a la verticalidad bastaría para llenar de grandeza una vida. (Por eso sabe y puede cantar sin rubor —y en él a todos los trabajadores manuales, a *los que viven por sus manos*—, al carpintero de al lado de su casa.) Leopoldo se justifica en el verso, se salva y salva en él. Su poesía, a más de sus eminentes valores artísticos, es un precioso excedente de generosidad, boquete que abre a la luz a quienes no pueden hacerlo por sí.

Leopoldo de Luis —formado, culto, vivido, laborioso— habita en este mundo y entre las cosas, entre las santas cosas —«no soñar»—, entre los hombres que sufren y animalean sin razón natural, por injusticia y por desorden moral que nos comerán si no se remedian. Como su frecuentado Calderón, Leopoldo puede preguntar legítimamente, porque él no es causante del mal, sino paciente:

¿Qué injusta ley condena
que muera el inocente y que padezca?
(*De* El médico de su honra.)

Leopoldo es hombre de faena y de hogar, de meditación y madrugada, que sabe encontrar en la cotidianeidad la maravilla de lo trascendental, de lo religado, de lo solidario: el prodigio de la luz, el color, el sonido, la continuidad, la paz del alma. En *Huésped de un tiempo sombrío,* título históricamente claro, decía del amor lo que vale para su preocupación y para su poesía:

Será con ese arte de la vida diaria,
con esa poesía que hay en lo cotidiano,
esa oscura armonía del alma solitaria,
esa sorda belleza del primor artesano.

Ya tenemos una primera aproximación a Leopoldo de Luis: un hombre de nuestro tiempo —actualidad que es continuación y apertura, suma y sigue—, que vive por sus manos y, además, hace poesía de lo que siente y padece, de lo que le ahoga y le esperanza. Un hombre que tiene un temblor emocionado al hablar —sobre todo al decir sus versos en público—, como borbotón de alas aún sin la libertad del vuelo, como quien esforzada y varonilmente domeña una cuadriga y la obliga a ritmo, a brida y espuela, a camino recto y marcha concertados. Leopoldo de Luis lucha con un huracán vital, con un fuego que le conturba, al que mete en forma, en criatura poemática. De ahí que bajo el mármol de su verso caliente tanta cordialidad: Leopoldo de Luis es un clásico —orden, claridad, delimitación, experiencia y sabiduría— que trabaja hirvientes materiales románticos o, quizá mejor: existenciales. («La edad de los metales» llama a la tercera parte de un libro suyo, *Juego limpio*. La primera, «La misma herida». Y como intermedio o bisagra, una canción de claridad a la que pone música Isidro B. Maiztegui.)

De su vibración sensitiva, transmitida a la carne, nos dice:

... que mis labios
azoga un poco cuando al hablar tiemblan
y que me pone como un brillo oscuro
en la mirada, si os dais cuenta.
(«*La gota de mercurio.*»)

Comparad ahora los versos citados de *Huésped de un tiempo sombrío,* que a nosotros nos parecen definitorios de su poesía, con estos otros de *Juego limpio:*

La poesía, un agua, una luz que a la mano
de pronto viene, desde qué altas fuentes,
desde qué ciegos ríos despeñados,
qué sierras de dolor y amor no cruza,
en qué generadores de entusiasmo
no se transforma.

(«*Conducción.*»)

Es natural que a un poeta tan humano, tan en la viva historia de su tiempo, le apasionen los problemas del hombre — por otra parte, eterno tema, necesidad de estar en claro, de saber el porqué de todo «esto»: encontrarse nacido, en un estamento o en otro, en un tiempo que rima o que discorda, con unas preguntas o las contrarias doliendo en la carne, pudriendo o sustentadoras de la sonrisa, con alboroto o calma por los sesos —. Así, canta a la patria como raíz, pasado, presente y futuro — «Patria tierra», «Viaje» —; al hogar, a los padres, a la mujer, al hijo; al hombre entre los hombres, su individualidad y su comunidad solidaria, como en ese poema de tanto amor y grandeza que se titula *Metro estrecho,* o *Un niño* — renacido en *Veo los niños* —; y, en un cuarto, frente a la perplejidad de estar viviendo sin saber bien para qué; y a la melancolía noble — no desesperación — de saberse pasando sin remedio. Releed *La ventana,* uno de sus mejores logros en *Teatro real,* que concluye así:

Con las manos heridas, la ventana
soñamos construir, a la luz pura
que nuestro hijo pueda abrir mañana
en esta ciega y hosca arquitectura.

Tomad cuenta de ese viento desvelador y pensativo que recorre *Elegía en otoño:*

Caminamos pisando un corazón de hojas.
Pisando lentamente una esperanza.
Y miramos al cielo. Y abatimos la frente.
Y decimos: Mañana.

Esta fatiga que no ennegrece la vida dura, se salva en la apelación a *Mañana.* («Pero es mía el alba de oro», decía Rubén para sacudirse el rocío melancólico de las entretelas.) Hay *desilusión* — *des ilusión* — en estos versos, y en todos los de Leopoldo, porque ha ingresado en la madurez — recién cumplido medio siglo de peripecia humana —, en la faena grave de los constructores que no montan castillos en la arena, sino fundamentan Historia. Y prefiere poner un humilde ladrillo a cien ladridos lunáticos, levantar un puente sobre la negrura a loquear, al delirante esperarlo todo de los dioses, de las rogativas sentadas o de los merecimientos que no trabajan, sudan y atesoran objetos, obras, compañías. Como vemos, Leopoldo de Luis está metido en un nobilísimo quehacer.

Los temas anotados son los cuatro puntos cardinales de la poesía deluisiana — con variedad y matices —, servidos en palabra adecuada, solidaria y con amor. Tales cualidades proporcionan a los poemas de Leopoldo el gran decoro que les

distingue, su alto señorío temático y de realización, la protectora humanidad que nos dispensan y nos hace encontrarnos más seguros a su buena sombra, con mejor porvenir.

Leopoldo de Luis, hombre culto, trabajador de todos los días, ha publicado once libros poéticos contra viento y marea —sin contar sus numerosas críticas, artículos y estudios, a más de dos importantes antologías sobre *poesía social* y *poesía religiosa*—, once libros que ahí están para el respeto, el gozo y la admiración, rara proeza en las letras españolas de hoy, tan difíciles. (Aquí hubiésemos visto comenzar a los escritores del 98, extraordinarios, sin duda, más en lo literario que en lo moral, en algunos casos, como nos dirá la crítica que ya alborea: maestros de estética, de aula y de conocimiento libresco, no de igual conducta a la hora de la verdad en la que se revalidan las ideas o se quedan en pamemas.) Y defino como difícil la vida literaria de hoy —la vida, simplemente, dentro y fuera de España—, porque la inseguridad del tiempo no deja lugar a mucho más que a defenderse e ir tirando, a sobrevivir sin demasiada esperanza. Casi todo lo enturbia y sumerge la propaganda en monopolio, confusionaria y parcial, en cuyo ámbito hace falta mucha fe y no menos entereza para no titubear y para ver entre la maraña provocada. Por tanto, difícil, hermosa, noble lucha la de Leopoldo de Luis, forjador de sí mismo, poeta entre los mejores, a quien los años afloran los más ricos metales: jugador limpio en la vida, sin fullerías ni cartas marcadas, sin zancos de resonadores o de favor, sin estigmas de adulación capona, más acreedor que deudor en el saldo final.

Recordemos la voz enteriza, el funeral duelo del entrañadísimo soneto «Muerto mío», amasado con lágrimas filiales, de *El padre,* donde Leopol-

do de Luis da exacta medida de su rango humano y poético:

La guerra, el hambre, el odio... Día a día,
¿cuánta carne de muerto no devora
la vida, cuánta lumbre, cuánta aurora
no ciega el ala de la tarde fría?

Y sigue tercamente la porfía:
canta para olvidar la vida y hora
tras hora va la mano leñadora
talando rama a rama la alegría.

Se oye el golpe en el tronco, cae la rama.
El mar continuo de la vida brama.
Ya sé que a nadie importa, pero es mío

este muerto. Me duele. Lo levanto
a hombros, con esfuerzo, sobre el llanto,
y mi sangre lo lleva en su hondo río.

Sí nos importa ese muerto o careceríamos de padre conocido. Por virtud de ese poema, en el padre muerto del poeta mueren todos los padres y con él lloramos todos los hijos. Como la poesía no es un cubileteo circense, malabarismo y a la calle, palabrería de ingeniosidades cobardes para no ir al toro, infantil cerrar los ojos o callar para que desaparezcan los peligros, salimos del poema mucho mejores, más hombres, doloridos y hermanos. Y entonces la vida alcanza sentido y trascendencia: moralidad y hermosura. Y nos damos cuenta de que a pesar de los pesares «llevamos algo divino aquí dentro», como en el verso de Bécquer. Y entendemos nuestra alcurnia y el porqué de que las piedras no sufran. Y bendeci-

mos esta torcedura que chorrea canto, más importante cuanto más injustamente se nos estruja, porque el hombre cabal es varón de dolores, de responsabilidades y deberes, cargado de culpas ajenas, capaz de destino, luchador ante la fatalidad que le aplasta y le admira.

Leopoldo de Luis se conduele con los desdichosos de su época en poeta, no en histérico, en demagogo o en revesado caritativismo para retratarse y ganar la salvación eterna. (¿Si no hubiese pobres, enfermos, hambrientos —los perseguidos o desterrados son harina de otro costal—, con qué se iban a justificar los que ahora no tienen otra cosa que hacer sino repartir mendrugos? ¿Quizá se fomenta por eso la desdicha, materia prima de salvación para unos pobres diablos que no quieren verse de cara ante su terrible responsabilidad?) El poeta sabe que la miseria, la persecución y el odio son artificiosos, interesados, no imposibles naturales, justos al no admitir excepciones. Respetuoso con las normas —¿quién va a negarse a la gravitación universal?—, se subleva contra la desgracia prefabricada, contra el desorden moral, contra la confusión del sentimiento y, por consecuencia, de la razón. (Y la ausencia de razón es locura, por infantil que parezca la consecuencia.) Ante lo inevitable no cabe sino el inteligente acatar: la vida humana es el cumplimiento, previa realización, de unas leyes que vulneradas de modo caprichoso provocan la muerte. Pero no ocurre así en lo social, incumbencia de los hombres, y el poeta se encrespa, toma su verbo de fuego —la espada paradisíaca— y, cuando menos, avergüenza a los malnacidos, a los usurpadores de la alegría, de la libertad del mundo: a los enturbiadores de la armonía profunda en nombre de un orden que bien traducido quiere decir: *¡Mi dinero, mi dinero!* Ésos no saben, como

siente el aspeado pueblo, que la mortaja no admite bolsillos. Y los poderosos poderosísimos no ven —Dios ciega a quienes quiere perder— que son prisioneros de su potencia impropia, vilanos en el vendaval de la Historia, nada frívola o vanal. (Echemos una ojeada sobre el mundo, y como se decía en otros tiempos: «Ojo al Cristo, que asan carne».)

Eso lo percibe por instinto, por razón poética, por solidaridad el hombre Leopoldo de Luis, conmovido en sus cimientos. Y de lo que vive canta, se desazona, respira por la misma herida —la tuya, la mía, la de todos—. Así pudo cantar, asordando el parche, en *El extraño*, libro para mí tan querido:

Sordamente lo digo. Sordamente,
aferrado con rabia a estas raíces.
Mía esta tierra, mía esta simiente.
Mío este llanto y estas cicatrices.
(«*El patrimonio.*»)

Propiedad con responsabilidad y honor, carga de vida como egregio deber. *Patrimonio* es palabra en la que también hunden significaciones otras solemnes realidades: *padre, patria.* Éste es el patrimonio del poeta: la herencia y heredad de la cultura, del decoro, de la sangre, de las semillas, del canto y del futuro en su idioma específico de ritmo, sentido y sensibilidad: en poesía. Y eso es lo que asimismo reivindica: un esforzado deber, no una parasitaria holganza, no una propiedad animal e inferior de gamella y descarga copuladora. Y le sube al verbo, al verso una patria oscura, delicada florecilla humilde y perenne que una pezuña ciega puede volver al limo hasta la

próxima primavera, cuando nazca todo verdor y la bestia sea fertilizante de los trigos. (Aunque los hombres que debían vivir no retoñan, no vuelven con las aves.) El poeta reclama su patrimonio: el dolor, del que nace la conciencia. Si este mundo es un teatro donde se representa la vida, importa mucho hacer el papel con propiedad, por insignificante que sea el mandado:

Me siento tierra de esta patria y sangre
me siento de su misma herida,
sequedad de la boca, piel quemada
por sus propias ortigas.

Y añade, asumiendo incluso lo que no le concierne más que al quijotesco, al caballero, al metido a redentor para no traicionar el mandato de la sangre: al que paga por todos, mejor cuanto más inocente:

Esta pobre palabra responsable
siento de la verdad, de la mentira
de silenciar el rostro de esa patria,
de no cantar su dura geografía.

Y como el poeta no tiene más que palabras, últimas y primeras palabras, con ellas fabrica su porción de patria: «De indómitas verdades y hermosura», canta en el poema «Patria de cada día», de *Teatro real.*

Así entiendo yo, en visión panorámica, la poesía de Leopoldo de Luis, aún abierta, magistral y con futuro: materia viva, hervorosa, romántica por lo que hace a la pasión que la recorre, tra-

bajada clásicamente. Por eso admira su perfección formal y conforta su contenido: serena y edifica. O lo que vale tanto: Leopoldo de Luis hace bien bellamente porque pone la estética al servicio de la ética como el cantero acata las órdenes del arquitecto. La poesía deluisiana es, en esencia, moral y profundamente hermosa. Y radicalmente española y continuadora: en ella suena el río de Jorge Manrique — Jorge se llama su hijo —, el borbotón soterraño de fray Luis, el aullar de las raíces quevedianas, la bondad epónima de Machado o el volcánico empentón de Miguel Hernández. Estamos con esta poesía ante un menester españolísimo en lo raigal y de vuelo ecuménico, que se echa al camino a quijotear en defensa de la justicia, de la alegría y del futuro, verso en ristre, no delante de ninguna adredería esteticosa que se puede lidiar mirando al tendido y al papanatismo. Aquí se lo juega todo el hombre en el poema, así en la Tierra como en el Cielo. Por semejante costado la poesía de Leopoldo es religiosa: se ata al vivir de los demás, no es un placer pueril solitario o depravado.

En idéntica punta de lanza está su nutrido y redondo libro *Juego limpio.* Quizá con más pureza y maestría, con mayor ahondamiento y transparencia, aún con mejor palabra, con nuevo respaldo humano. *Juego limpio* constituye uno de los grandes libros de la posguerra española, especie de resumen y apertura del quehacer de Leopoldo de Luis.

Juego limpio es un poemario de carácter testimonial, de llamada a capítulo a quienes deben entender y obrar antes de que sea tarde, y no es que la poesía se justifique en los decretos de la *Gaceta de Madrid.* Mas advirtamos que si el barco zozobra o se hunde se van todos los pasajeros al fondo, por decirlo en palabras imprimibles: unos,

contentos de acabar; otros, con la conciencia amarga, porque los triunfadores injustos tendrán un cuarto de hora pavoroso, cuando sea imposible la enmienda o la salvación. (La poesía crea conciencia y hombredad, no sólo estar confortable, grato de momento, axiológicamente secundario.) Dice el poeta en unos versos que le retratan:

No me resigno a que las cosas vayan
por la Tierra peor que por el Cielo.
Para cumplir con mi verdad escribo.
(Perdón si soy molesto.)

Este verso último es muy leopoldiano: cortés pero sin claudicar, Leopoldo es un hombre de talante cortés — cortesía, no cortesanía —, en la palabra, en el atuendo, en el comportamiento público y en el familiar, incluso en la manera de portar el dolor físico. ¿No le hemos visto en la sonrisa de Ambrosio Spínola en *Las lanzas* velazqueñas, amable sin blandura, pulcro hasta en el trance amargo, sin pedernales ni soles celtibéricos en la boca o en la mirada? Leopoldo de Luis tiene físico perfil goethiano, cara en sorpresa y en espera, la cabeza un tanto ladeada del hombro derecho para atender mejor, como si escuchase más allá de los fonemas, en el íntimo sentido verbal. Su poesía tiene que acusar por amor, y enseña las cartas gentilmente. Lleva un muerto dentro de su criatura viva — el que no fue, contra su voluntad y sus posibilidades —, como todos los hombres de su tiempo que no se quedaron en títeres, quienes prefirieron el silencio a la ignominia compadrera:

Soporto humanamente, como cada
uno, mi propio muerto,
y procuro que no me note nadie
el hedor de este triste compañero.

Inteligentemente, no se cree único, por lo que tal vez tenga más subido patetismo su verso. La tragedia única ya no lo es: se torna espectáculo insólito, excepción. De todas maneras, el dolor de cada cual es incanjeable —tampoco asumible desde fuera—, aunque le pueda endulzar la compañía, la presencia amorosa y sanjuanera. Leopoldo se duele justamente. (De otro modo purgaría culpas.) Más antes de comenzar su conmovedor canto acusatorio, antes de extender el índice del verso y señalar, con una tenacidad elemental de lluvia, de mansa llama, de ley de la Naturaleza, el poeta nos dice, y entre paréntesis, para domar prosopopeyas:

(Perdón si soy molesto.)

En este no tener más remedio que decir las cosas —hágase lo que se debe, con todas las consecuencias— reside otro de los rasgos caracterológicos de Leopoldo: es posible que el deber sea duro, antipático, enojoso, arriscado..., mas hay que cumplir con él. Y con varonía se pone a su brega, sin que le distraiga nada, atento a un mandato superior: al original mandamiento de la sangre derramada, sin resentidura ni susto:

Manos, pechos y frentes se levantan.
Y luchan, aman, odian, lloran, cantan.
A golpes van haciéndose la vida.

Sumérgete en su mar. De carne y huesos
eres. Somos. Lo mismo. Como ésos.
Y respiramos por la misma herida.

Sin olvidar la escalofriante complejidad humana, quien ve a un hombre ve a los hombres, en cuanto atañe al denominador común humano. Pero el numerador lo pone cada individuo: la sacratísima distinción inviolable. Somos como *ésos*, no *ésos*. Dos pabilos se juntan en una sola llama en la mística metáfora teresiana. El hombre y la mujer, después del misterioso relámpago de la carne vuelven a su contorno, a su inevitable soledad, decaídos de la unidad momentánea. (De ahí la tristeza aleccionadora de la carne: el tener que volver a sí.) El comparativo *como*, si es una igualdad no es una identificación y tampoco es una confusión. Importa mucho entenderlo, porque luego cada uno se muere y se vive en sí y por sí: el hombre, la criatura humana, no es sustituible, número abstracto y manejable, sino realidad irrepetible. Aunque respiremos por la misma herida —vivir haciendo muerte, en lo individual; dejando hecha o deshecha Historia, en lo colectivo—, somos en nosotros: cada cual es cada cual. Aunque seamos —no meramente estar— en sociedad, no al margen, en primitiva e insolidaria historia natural. (El rebaño y sus múltiples formas es otra cosa.) La Humanidad es el paso de la selva —*bellum omnium contra omnes*—, a la civilidad, donde todo es función de todos, no capricho de uno o de un grupo afortunado. La cultura comienza con la superación del gruñido, del gañafón y de la emboscada: en el diálogo que propicia la mano tendida.

Juego limpio, en su fondo más insobornable,

es una confesión. (Donde no hay confesión no hay poesía, aunque pueda existir arte, otro valor de signo menos cotizable.) En la peripecia vital del hombre que se confiesa en público, puede verse la sociedad en que vive. Y ahí, en su representación de los demás, reside el subidísimo mérito de *Juego limpio*. Con más tiempo y espacio podríamos señalar caminos y problemas, desentrañar relumbres de la sensibilidad de hoy, temores y presentimientos de otro signo. Cuando los sociólogos quieran o sepan leer poesía —igualmente el gran documento para la filosofía—, se explicarán con mayor lucidez las variaciones históricas, entenderán más cabalmente la realidad. Uno de los «documentos» que habrá que manejar para tomar el pulso a nuestro tiempo fuera de lo anecdótico, será este libro. Libro, entiéndase bien, que es poesía antes que ninguna otra cosa, pero que por ello es todo lo demás. Como cualquier obra representativa, *Juego limpio* es una concentración múltiple de significaciones, de cocciones, un nudo de sentido, un cruce de caminos que llevan al meollo radical del hombre histórico, definido por yo, espacio, tiempo, familia, fisiología y sociedad: quien sufre y entiende en su carne, no el químicamente puro en sus esencias de cháchara filosófica.

Entrados en tan jugosísimo libro, asistimos al progreso de una vida en la que nos vemos incursos, con sus angustias, perplejidades, desfallecimientos y afirmaciones. (Por algo la poesía es oficio de fe, esperanza y caridad, a más de belleza y de justicia.) El poeta nos dice en «Metro estrecho», poema capital en la poesía deluisiana:

A veces me pregunto
si valía la pena el trago
y si no hubiera sido preferible

3 - 2639

quemar las naves. ¿Era necesario
poner a prueba cada día el alma
del que no se resigna? Y, ¿hasta cuándo?

No os asustéis. El poeta hace «anatomía de sus entrañas». Luego —en «Como otros»— se contestará:

Yo sólo puedo, una vez más, alzarme
con mi verdad que vale una promesa:
«No hay deserción.» Levanto esta palabra
de amor y esfuerzo como viva seña.

Y prosigo avanzando cual si nada
mi corazón sobrecogiera,
mientras contemplo, por la tarde herida,
caer la luz de una paloma muerta.

Siempre hay una ráfaga melancólica becqueriana y machadesca —y una metáfora arabigoandaluza de raza: «Raza que se *tiene,* no raza a la que se *pertenece.*» La una es *ethos;* la otra, zoología», escribió Spengler, hijo de minero— en la poesía deluisiana, un poco como pararse a escuchar los pálpitos del silencio o del mar en las playas del corazón o de la conciencia. Por eso el poeta no es un iluso, sino un realista. (*Res, ei,* cosa.) Sabe que en cuanto nos dejemos, la selva sumergirá el Museo del Prado o la música de Mozart. La llama del espíritu —perdón por esta palabra tan ambigua, pero vamos por otros pasos— se alimenta de sangre desvelada; el orden respirable de la dignidad descansa en las espaldas de los hombres, no es incumbencia de fantasmas, por muy estofados que anden. Por eso hay que

avanzar podándose el desaliento, que borra los caminos recién conquistados: hace de lo que ya es laberíntico —vivir en el mundo— jungla perdidiza, anonadante igualada por el rasero de la materia bruta o de la muerte bajo la hierba uniforme:

Yo he de añadir ahora
teñida de mi sangre una palabra
al tronco seco de la voz que espera
los sucesivos brotes de mañana.

Y me paro a escuchar: el tiempo,
aire de oscuras ráfagas,
pasa arrancando llanto o música
de mi pequeña rama.

Así, según sopla el viento metafórico, el terrible caso de consumirse con todo el conocimiento, suenan las distintas melodías humanas. Mas por encima de todo —confusa, dolorosa, alegre la vida es

...un amasijo
de tierra y sueño y luz que no perece.

La palabra definitiva del poema y la inauguradora, en el hondón del llanto repica esperanza, aunque sea de noche, más cruel que la de san Juan de la Cruz. Para probarlo reparemos en un poema tan cenceño y prieto de emociones, «Historia», otro de los hitos poéticos de Leopoldo de Luis. O en «Los árboles», los humanos árboles. (Y al fondo el agua clara de la decepción machadiana en «Las encinas»: «Brotas derecha o torcida / con

esa humildad que cede / sólo a la ley de la vida, / que es vivir como se puede.»)

De pronto, en este saber amonedado que es el poema, se entra el ventarrón de nuestro tiempo en su vertiente más lancinante: la inseguridad planetaria, total. Antes parecía el individuo, mas continuaba la especie: quedaba futuro. ¿Queda *ya* futuro? ¿Somos los últimos habitantes de un planeta que puede raer de su haz la vida humana? ¿Todo será polvo cósmico y pavorido silencio pascaliano sin conciencia que lo considere?

Esta casa de arena puede un día
de repente venírsenos abajo.

Son nuestros mundos sólo montoncitos
a merced de que sople un viento airado
y alise cruelmente los relieves
que en ilusión y tiempo moldeamos.

Meditemos. No estamos ante una poesía evasiva, sino ante la valerosa fundamentación de la alegría del porvenir o todo se vendrá estrepitosamente al suelo, como nos advierte el poeta. Por lo mismo, busquemos el alba con él:

No sé si alcanzaré lo que hoy escribo
o será el alba, hijo, sólo tuya.
Pero antes de que el tiempo me destruya
quiero decir que porque vivas, vivo.

Quiero creer, y el soplo que recibo
de la vida y la tierra, que refluya
a ti, e igual que el hierro y que la hulla
de esta mina que soy salgas tú, activo,

potente, vencedor: metal y sueño,
alba y amor, verdad libre y hermosa,
hombre con un mañana puro, ileso.

Hombre avanzando hacia la luz, risueño.
Aunque se hayan quedado ya en la fosa
mis pobres ojos que soñaban eso.

La poesía de Leopoldo de Luis proclama temas y problemas, esperanzas y rebeldías de nuestro entorno, de lo que somos y dejamos de ser los hombres de esta hora de España y del mundo. Poesía de importancia, confortadora, corroborante de los sueños del corazón. Poesía con la que se puede llorar, aguardar y poner en claro la ebullición interna de tanta presión exterior: lo que podemos ser por implantación se nos impide arbitrariamente. Y de esa mutilación o impedimento brota el chorro limpio de la poesía deluisiana. Por algo la última muestra poética en libro de Leopoldo se llama *La luz a nuestro lado.* (Siempre hay mañana, incluso sin nosotros):

Aunque nos confinasen en lo oscuro
nadie puede apagar la luz del todo,
nadie puede poner codo con codo
el alba y fusilarla contra el muro
de la noche,

nos dice en el soneto inicial. El poeta —y con él todos los creadores, los que ponen algo sobre la nada: teoría, silla, habitación o verso— siente crecer a su lado la luz del hijo, la prolongadora existencia, la afirmación en obra y en criatura:

Patria, hijo, luz, rumor hacia una aurora
feliz, hermosa, libre.

Y ante la inseguridad de la vida en su vertiente individual y específica, el poeta acusa, alerta, entusiasma y pone en reflexión y responsabilidad a sus convivientes, por el noble camino del poema. ¿Se entiende limpiamente lo que quiere salvar la poesía al hacerse solidaria de la angustia del prójimo? La adormecedora poesía rosa ha contribuido a la tragedia de nuestro tiempo —repitamos: ¿el último del hombre?—, vocera de fantasmas, de nubes cambiantes: de la belleza, de la música sin ideas, del frívolo y tontaina loquear. Súbitamente el tornado ha roto los cristales y están ateridos los desnudos pintados y las cobardías bien vestidas. Estamos en el día de la ira, en la hora de todos, engendrada por nuestros egoísmos canallas, por nuestras salvables ignorancias. El poeta se hace puñado de palabras, leves o grandes muestras que procuran advertir, mano que busca otras manos compañeras. ¿Un alucinado? Ahora, con la agonía del mundo al cuello, se manifiesta su estar en la realidad, la mentira aterradora de tanta confitería para poner los ojos en blanco y no entender nada de lo humano. Y la poesía —precisamente por hundir sus raíces en lo irracional, que liberta a su manera, como el pensamiento a la suya— tiene razón. Y Leopoldo de Luis, en el grupo más significativo de su tiempo, desde su atalaya española.

Si nos pregunta alguno qué hemos
hecho entretanto, la palabra es ésta.
¿Qué hemos hecho? Vivir es la respuesta,
el mudo grito con que respondemos.

Hemos dicho antes que la poesía de Leopoldo de Luis no pertenece a un tiempo clausurado, sino que está abierta y en marcha, con futuro. Ejemplo ilustre es el libro que presentamos. El lector tiene la definitiva palabra, aunque el futuro haya de pronunciar la suya sin que nosotros nos podamos esperar a oírla, si bien yo la auguro en este pórtico.

A más de los poemas en libros publicados, debo pedir atención para un grupo de poemas inéditos o no incorporados a volumen, que figuran al remate de esta antología. Entre ellos están «La ropa en la ventana», «Oigo tu voz», «Veo los niños», «Aquellas sopas de ajo», «Huelen las rosas», «Toco madera», o la vergüenza eternamente en supuración de «Un estudiante se suicida». Mas principalmente deseo que se repare en el manojo de «Cartas» que Leopoldo de Luis incorpora a su gran lírica. Aunque se trata de poemas con destinatario concreto, en ellas tiene su palabra el hombre de hoy, al menos el hombre español de hoy. (Al hombre hay que adjetivarle para que abandone el limbo de las fantasmagorías.) Y con una autenticidad desgarradora: la confesión en la intimidad a la vez que la palabra testamentaria de una criatura de dignidad eminente. En esta correspondencia del corazón grana una de las mejores cosechas poéticas de Leopoldo y de la poesía española de posguerra. Cartas para los vivos y cartas para los muertos, para la tradición cimentadora y para la incógnita de los días por nacer, si es que nacen.

En los siguientes versos está reflejada la autoepopeya deluisiana, el heroísmo de su canto, su ganado derecho al verbo:

Voy escribiendo casi como gano
la palabra y el pan de cada día.
La pena aparto un poco con la mano
para que no le pueda a la alegría.

Para que no le pueda el desaliento
al entusiasmo escribo, hablo, trabajo
y hago como si no sintiera el viento
que me arranca los árboles de cuajo.

Pero la vida sigue —y el río eterno de la poesía—, a pesar de los monstruos, de la enfermedad y de la muerte. El poeta, el pedagogo, el padre que hay en Leopoldo de Luis nos dice con voz en mitad de la plaza mayor de España:

Mira la vida. Está en los ojos
de estos niños. Pasar los veo.
La esperanza se deletrea
en sus menudos alfabetos.
(«Veo los niños».)